

La luz que nos recuerda e identifica

Esteban Martínez publica en Bartleby el poemario 'Las luces nómadas'

Á. HOLGADO

Algún día la Ciencia confirmará que la memoria forma parte de la carga genética que se transmite de padres a hijos. Hasta entonces leeremos el poemario de Esteban Martínez como la fantástica revelación que guardan aquellos pequeños detalles que nos hacen ser quienes somos.

En *Las luces nómadas*, el autor indaga en esos dispositivos (objetos, recuerdos, ...) que disparan sus flashes para restituir en la memoria lo que realmente fue sin que necesariamente haya sucedido. Y así, en su corredor de objetos que se encienden y apagan, interpela a sus hijos diciéndoles que «cuando en unos años me inventéis de nuevo / -porque así ha de ser, no hay otra vía-, / recordad que vuestro padre fue feliz, a veces» ('Camión', pág.27).

En este su sexto libro publicado -y que presentará en la Alianza Francesa el próximo viernes- deposita Esteban Martínez, un poeta sabadellense de verdadera proyec-

ción, una especial esperanza. Elaborado a partir de un material sensible muy personal, los versos han sido pulimentados, aquilatados con el tiempo y, finalmente, publicados por Bartleby después de quedar entre los finalistas de convocatorias del prestigio del Loewe, el Ciudad de Melilla y el San Juan de la Cruz.

Tabla de salvación

El único secreto que contiene la buena poesía es su capacidad de despertarnos, su potencia para el hechizo de piedra filosofal de convertir, precisamente, lo prosaico en poético. *Las luces nómadas* tiene ese filtro para esta ósmosis. Y así puede escribir Martínez «En las palabras, / la realidad alcanza su mayoría de edad sobre la tierra» ('La palabra', pág.117).

Pero no sólo se afana el poeta en la palabra con afán estético, sino también como acción de pura supervivencia, como estrategia única de la memoria. «Nombrar las cosas con la palabra es nuestra tabla de salvación», apunta el autor



Martínez presentará el libro, el viernes, en la Alianza Francesa ^{DS}

en referencia a la identidad personal, una construcción que se apoya en bases menos autosuficientes y más frágiles de lo que creemos. «Quería -precisa- hablar de la demencia y el Alzheimer como una

enfermedad que trasciende, por lo que tiene de pérdida para todos porque cuando el otro no me reconoce yo también pierdo identidad».

La luz, nudo de este libro, se proyecta, se focaliza, inunda,

declina e incluso se contrasta con la ausencia de luz, fuente a su vez de significación, como se cita en 'Huecos útiles' (pág.30). La luz en este libro sería sinónimo de entendimiento, y por lo tanto de vida como única posibilidad de consciencia.

Y de una consciencia sabia que, a determinadas alturas de la existencia, entiende, más que comprende, que no se trata de conseguir, sino de fluir, de armonizar y de diluirse, incluso. Como la luz.

Dejarse ir

«La realidad -sostiene Martínez- se nos escapa. La clave no es aprehender, acaparar cosas, que en realidad no existen, sino dejarnos ir, habitar en la luz». Léase: «No quiero llevarme la luz otoñal sobre el Moldava / sino habitarla, que nuestra mirada encuentre en ella / buen hospedaje y de nosotros se emancipe y sobreviva» ('Mirada allá, lejos', pág. 114).

A partir de aquí, y como derivación lógica, surge la cuestión de la suma de perspectivas. Uno es también punto de mira pasado, presente y hasta futuro. «Vemos las cosas como las hemos vivido o como creemos que las hemos vivido y esto nos da las claves de lo que viviremos», concluye Esteban Martínez ■